

NUOVA, impetuosa avanzata del PCI". Así titula, con enormes y rojos tipos, su primera página la edición especial que "L'Unità" ha lanzado en Roma a las dos de la mañana. Momentos después, Berlinguer aparecía con un ejemplar del "órgano" en las manos en el balcón principal de Botteghe Oscure —la sede del PCI— para comentar los primerísimos resultados. "La relación de fuerzas se ha desplazado hacia la izquierda", señalaba. Pero, y reconociendo que el PCI no era el único protagonista de una noche memorable, añadía, con un leonismo no exento de realismo, que la DC se ha reforzado sobre la base de los votos de los partidos laicos del centro y del MSI.

En pocas palabras, uno de los acontecimientos más trascendentales de la política europea podía resumirse casi en los términos de Berlinguer: el PCI crece hasta límites que ni los más optimistas exponentes del partido podían suponer, pero la Democrazia Cristiana también lo hace, y mucho: en el Senado los democristianos consiguen el 38,9 por 100 de los votos, mientras que los comunistas logran el 33,8; en la Cámara, y según los últimos resultados que conocemos a la hora de redactar estas líneas, la DC alcanza el 38,4 y los comunistas el 35 por 100.

¿QUIEN ES EL TRIUNFADOR DE LAS ADMINISTRATIVAS 1976? LA BIPOLARIZACION

Bipolarización es la palabra orden en esta loca noche de las elecciones italianas. ¿Bipolarización en un país ingobernable con esquemas anteriores: qué va a pasar? Entre los dos partidos vencedores se llevan casi el 75 por 100 del total de los votos en unas elecciones en las que la participación ha alcanzado las mayores cotas históricas: el 93,2 por 100. Los demás han quedado prácticamente fuera.

Repasemos los resultados provisionales. Primero los del Senado, en cuya elección participaban 35 millones de electores, todos ellos mayores de veinticinco años: la DC ha ganado con un 38,9; 33,8 se han llevado los comunistas; 10,2, los socialistas; 6,6, los neofascistas del MSI; 3,1 por 100, el Partido Socialdemócrata; 1,4, el Partido Liberal; 2,7, el Partido Republicano; 1,1, la lista común de los partidos laicos de centro (PRI, PSDI, PLI), 0,2, la formación izquierdista Democrazia Proletaria, y 0,8, el Partido Radical.

En la Cámara de Diputados, en cuya elección por vez primera votaban los mayores de dieciocho años, casi cinco millones y medio de electores más que en el Senado, la participación juvenil ha inclinado significativamente los resultados: la Democrazia Cristiana ha conseguido el 38,4; el PC, el 35; el Partido Socialista, el 9,7; el Movimento Social, el 5,6; el Partido Socialdemócrata, el 3,4; el Partido Liberal, el 1,3; el Partido Republicano, el 3,1; la Democrazia Proletaria, el 1,5, y el Partido Radical, una formación que por primera vez se presentaba a las elecciones, el 1,1.

La rápida lectura de estos resultados indica a las claras el hundimiento de dos formaciones que hasta el momento presente habían jugado un papel determinante en la política italiana: el Partido Socialista, que pierde entre un 2 y un 2,5 por 100 de los resultados alcanzados en 1975, y los partidos laicos del centro: liberales, socialdemócratas y republicanos desaparecen prácticamente de la escena política ita-



PCI: hegemonía en la izquierda.

La bipolarización gana las elecciones italianas

liana, con un número tan bajísimo de diputados y senadores que toda alianza con los mismos a la hora de formar Gobierno carecerá de trascendencia real (en el momento de redactar estas líneas, fuentes oficiales confirmaron que el Partido Liberal aún no había conseguido el "quórum").

Giovanni Mosca, miembro de la dirección del Partido Socialista, y uno de sus dos subsecretarios, anunciaba a las dos de la mañana su dimisión y solicitaba al tiempo la de sus colegas en la dirección del partido; corrían rumores de que De Martino, secretario general, estaba dispuesto a seguir su ejemplo. Delante de Botteghe Oscure, la masa comunista que aplaudía con entusiasmo los "impetuosos saltos hacia adelante" que los comunistas han logrado en todas las localidades, provincias y regiones respecto de las elecciones de 1972 y las de 1975, acogían con gran desilusión los resultados socialistas. Con rabia el impulso democristiano.

"Con un Parlamento como el que va a salir de los resultados electorales el país será ingobernable" coinciden en señalar todos los expertos en política interior encuestados a altas horas de la noche en un increíble esfuerzo de información democrática realizado por la televisión italiana. Todos, sin excepción.

Y ésta, por encima de unos resultados en realidad sorprendentes, es la verdad diáfana que hace acto de presencia tras las elecciones.

¿Quién ha perdido y quién ha ganado en la Italia del 21 de junio? Depende de la óptica con que el problema se mire. Los comunistas han dado un salto increíble: se han situado en un porcentaje superior en 10 puntos al de cuatro años antes, consiguiendo cuatro millones de votos más; como contra-

partida han perdido la potencia de un aliado conflictivo pero potencial: los socialistas. La tristeza unitaria de los comunistas cada vez que se constataban los resultados negativos del PSI no era un mero oportunismo. Y han "ganado" una perspectiva peligrosa: la posibilidad de que, al menos en un primer momento, las tesis ultrancientamente anticomunistas de Fanfani ganen posiciones frente a la moderación de un Zaccagnini a la luz de una confirmación electoral de una campaña realizada bajo el signo del miedo al comunismo: esa es una de las grandes incógnitas del momento. Una pregunta a la que Berlinguer ha contestado directamente: "No lo sé. Veremos".

Pero como el propio Berlinguer señalaba, el triunfo comunista cambia toda la relación de fuerzas políticas en Italia. "Y ello habrá de provocar una amplia discusión en todos los partidos, también en la Democrazia Cristiana", añadía.

Por su parte, y en este rápido repaso a las pérdidas y ganancias, los democristianos han conseguido su objetivo: reafirmarse como la mayor fuerza política de Italia, una meta que, sin duda, tenían clarísima desde el primer momento de su campaña: había que recuperar los resultados de antes de junio de 1975; seguir siendo el primer partido. Para la DC eso era fundamental y lo ha conseguido muy por encima de lo esperado.

Pero la DC, también de alguna manera, ha perdido: Se ha quedado sencillamente sin ese paraguas político que eran los partidos laicos del centro, hoy meras entelequias que algunos en la misma noche de los resultados auguran una pronta desaparición. Ha "quemado" a los que hasta ahora eran sus aliados; porque ha hecho su campaña

con el objetivo de quitarles sus votos; y lo ha conseguido de una manera sorprendente: entre ellos el caso más significativo ha sido el del Partido Republicano, que se presentaba como opción laica del neocapitalismo italiano frente a la DC.

Contemplada desde el punto de vista de las siglas, la situación política italiana es grave y no tiene, "a priori", salidas tradicionales como los resultados electorales confirman: no han valido las salidas intermedias; la opción izquierdista, la alternativa de izquierdas que proponía el Partido Socialista y con la que el PC no estaba de acuerdo tampoco, ha servido; la del Partido Republicano, una posible solución desde el centro ha chocado con la mole de la DC y la incapacidad de una estructura insuficiente y contradictoria del propio partido que la proponía.

Habrà, por tanto, que buscar la salida en las opciones que propugnan las dos formaciones mayoritarias. Es todavía pronto para saber qué va a pasar dentro de la Democrazia Cristiana. Una sencilla suma nos dice que ese frente de izquierdas que de una forma no orgánica pero real existe tiene el 47 por 100 de los votos. Y que ante el mismo, la Democrazia Cristiana ofrece un 38 y unas posibilidades de aliarse con otros grupos del centro en un proceso que la campaña de expolio que antes señalábamos no va a hacer nada fácil, especialmente en el caso de republicanos e incluso socialdemócratas. El MSI (al que también los democristianos han arrancado votos) es una incógnita; la desesperación de Almirante, habitualmente un tranquilo dirigente político, muy lejos de los modos que podrían esperarse de un jefe neofascista, tras los primeros resultados, sus ataques a la DC, hacen pensar que el MSI no será fácilmente un aliado de los democristianos.

En definitiva, los resultados de las elecciones políticas italianas de 1975 presentan a primera vista un país ingobernable, como se señalaba antes. Si la intransigencia es lo que predomina a la hora de la formación de un Gobierno —y los resultados obtenidos por la DC indican que, por lo menos en un primer momento, esa va a ser la actitud oficial dominante, no cabe esperar más que unas elecciones adelantadas para dentro de un año o de un año y medio: vuelta a empezar, pero ahora desde bases mucho más complejas.

Pero el problema de Italia, de esta nueva Italia, realmente nueva a la luz de estos espectaculares resultados del 21 de junio, es el de encontrar un Gobierno que la saque de la crisis política y económica en que se encuentra. Las elecciones han clarificado el panorama: ahora empieza la verdadera batalla.

Roma se acostó el martes a las cuatro o las cinco de la mañana. Las direcciones de todos los partidos estuvieron permanentemente reunidas en la noche: sólo hubo un comunicado, el del PCI constatando los elementos citados al principio. A doscientos metros de Botteghe Oscure, en la sede de la DC, se colgaban a medianoche las banderas del partido. "La DC —decía en esos momentos Berlinguer a los periodistas que de todo el mundo habían venido a Roma— es un partido popular, cuenta con una base popular". Empiezan a oírse voces de cordura en una noche loca en la que las cifras, de una manera obsesiva, lo dominaron todo. Los próximos días serán decisivos para saber si esta cordura es un sentimiento general.

■ CARLOS ELORDI.